

CAPITULO XXVI.

Dase noticia del casamiento del rey de Méjico con la infanta de Azcapuzalco. Nacimiento de su primogénito Moteuhzuma, con cuyo motivo el rey de Azcapuzalco liberta de tributos á los mejicanos. Casamiento del rey de Tlatelolco: sabias providencias del rey de Méjico.

Era muy mozo Huitzilihuitl cuando los mejicanos le eligieron por su rey. Hallábase todavía sin estado, y el senado le propuso que era ya tiempo de que eligiese esposa, y que le parecia conveniente que esta fuese la infanta Miahuaxochitl, hija del rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, su prima segunda. Convino luego en ello, tanto por ser la alianza muy correspondiente á su persona, como por ser á gusto y eleccion del senado, y desde luego nombró á algunos de aquellos mas respetables varones de su mismo cuerpo, para que en nombre suyo, del senado y pueblo la pidiesen á su padre.

Partieron luego, y llegados á presencia del rey Tetzotzomoc, dijeron de esta suerte: „Señor, y rey „ poderoso, aquí venimos ante tu grandeza, postrados „ y humillados hasta la tierra, á pedirte una gran merced; porque ¿á quién hemos de acudir sino á tí los „ que nos confesamos y gloriamos de ser tus vasallos y „ esclavos, y esperando tus reales mandatos estamos „ siempre pendientes de tus labios, para cumplir los „ deseos de tu corazon? Esto supuesto, señor, el negocio á que venimos de parte de tus siervos los ancianos

„ nos mejicanos, y de tu hijo y criado su rey Huitzilihuitl, que los gobierna y manda entre aquellos esposos carrizales, es el que apiadándose del dicho rey, „ que se halla soltero, abras tu real mano, y le enriquezcas con una de tus joyas, plumas ricas, y piedras preciosas, que son tus hijas, para que vayan, „ no á tierra extraña, sino á la suya propia, á tener el mando y dominio de toda ella, sentada al lado de „ su rey. Esto te suplican humildes y rendidos, para „ que llenes de regocijo sus corazones.”

Muy atento escuchó Tetzotzomoc la embajada de los mejicanos, y pagado de su elocuencia y rendimientos, les respondió: „ Me han agradado tanto, ó mejicanos, vuestras palabras y humildes expresiones, que „ no tengo otra respuesta que daros sino conceder vuestra petición, dejando en vuestras manos la eleccion de „ la que quereis de mis hijas para esposa de vuestro rey.” „ Siendo, pues, tanta,” dijeron ellos „ vuestra benignidad para con vuestros siervos, que dejais en su arbitrio la eleccion, la que desean para su señora y reina es la piedra preciosa de tu hija Miahuaxochitl.” „ Yo os la otorgo” respondió el rey „ con mucho gusto „ de mi corazon;” y mandándola venir á su presencia les hizo entrega de ella, segun tenian de costumbre; y ellos muy gozosos la condujeron con el mayor obsequio y aplauso á la ciudad de Méjico Tenuhctitlan, donde se celebraron luego los desposorios con universal regocijo, aclamacion y fiestas.

Al año de su matrimonio en el de 1404, señalado con el geroglífico de tres pedernales, dió á luz la reina un príncipe á quien pusieron por nombre Moteuhzuma. Luego que nació, envió el rey Huitzilihuitl á participar

la noticia á su suegro el rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco con algunos de los senadores mas ancianos y respetables, los cuales, llegados á presencia de Tetzotzomoc, le hicieron una elocuente arenga, dándole la noticia del nacimiento del príncipe, y la enhorabuena en nombre de su soberano. Mucho se complació Tetzotzomoc al ver el pomposo aparato, y al oír la bien ordenada y elocuente arenga de los ancianos, y habiéndoles respondido con las expresiones correspondientes de gratitud, y demostracion de júbilo que la ocasion pedia, mandóles hacer algunos regalos, y les previno dijesen á su soberano que inmediatamente le enviaria sus embajadores que en su nombre le diesen la enhorabuena.

Partieron contentos los ancianos, y llegados á Méjico, apenas tuvieron tiempo para dar cuenta al rey de su embajada, porque á poco rato llegó el mismo Tetzotzomoc acompañado de toda su corte, todos magníficamente adornados á su usanza á dar la enhorabuena al rey, á visitar á su hija, y conocer á su nieto. Fué recibido con el decoro debido á su grandeza, mas no con el acompañamiento correspondiente por lo inopinado de su venida.

Después de los primeros saludos y enhorabuenas mutuas de los monarcas, dijo el de Azcapuzalco al de Méjico que hiciese jantar su consejo, y convocase toda la nobleza de su corte, porque tenia que hablarles. Juntáronse todos en breve rato, y teniéndolos presentes les dijo: „Bien sabeis, ó valerosos mejicanos, que el sitio „en que estais poblados os le dió mi difunto padre con „la condicion de tributarle anualmente, no solo de todos los frutos de pezca y caza de que os aprovechais „en esta laguna, sino tambien de los que vuestra indus-

„tria recogiese en las sementeras y plantíos que haceis „sobre vuestras chinampas, los que se han ido aumentando á proporcion que ha crecido vuestra poblacion, „y se han adelantado vuestras sementeras; y les habeis „pagado puntualmente, con mas los que extraordinariamente se os han pedido, ó para las funciones particulares de mi casa, ó para mi diversion. Sé que os „considerais gravados, y que os parece pesada esta carga, que si bien fué justa en su imposicion, por la donacion que se os hizo de la tierra, para que en todo „tiempo reconocieseis el directo dominio de ella en los „reyes de Azcapuzalco, considerandoos extrangeros y „advenedizos, el día de hoy que ya por la union de los „matrimonios somos todos unos, y debemos mirarnos como hermanos, no me parece justo dejaros gemir debajo de este pesado yugo, que no puede dejar de ser sensible á vuestro rey; y queriendo daros una prueba de „mi amor y benevolencia, tanto para con él como para „con vosotros, y daros unas albrias en demostracion „de mi regocijo por el nacimiento de vuestro príncipe, „que alcancen á todos en comun, y á cada uno en particular, he resuelto libertaros, y efectivamente os liberto de esta pesada contribucion, haciendoos francos „y libres, para que vivais alegres y contentos, dueños „de vuestras tierras, y gozando por entero del fruto de „vuestro trabajo, sin otra pension que la de enviar una „corta cantidad de patos y peces, de los que se cazan „y pezcan en comunidad, para el regalo de mi mesa. „Espero de vuestra leal correspondencia que no olvidareis el beneficio recibido del rey mi padre, y el que „ahora os hago yo, sino que unidos siempre á mis tecpanecas, y mirándolos como hermanos vuestros, les

„ayudareis en todo, como ellos lo harán con vosotros „en cualesquier trance, de paz ó de guerra.”

Mucho regocijo causó á los mejicanos esta accion de Tetzotzomoc; porque á la verdad se hallaban sumamente recargados de contribuciones, que cada dia se aumentaban; y tomando la voz uno de aquellos senadores ancianos y mas respetables, dió las gracias por todos al rey de Azcapuzalco, con todas las expresiones mas reverentes, gratas y alegres que facilmente le ministró su elocuente idioma nahuatl. Desde entónces comenzaron á respirar los mejicanos, á aumentarse su ciudad y reino y á florecer mas en ella sus ciencias y artes, su policia y religion.

Por estos mismos tiempos, aunque no señalan el año, casó tambien Quaquauhpuhitzahuao rey de Tlatelolco con Coaxchitzin, señora principal de la casa de los reyes de Cohuatlican, en la que tuvo tres hijos que fueron Amantzin, Tlacateotzin, y la última hembra, llamada Matlalatzin, que casó despues con Chimalpopoca, tercer rey de Méjico Tenuhtitlan, hermano de Huitzilihuitl, como dirémos adelante.

Luego que Huitzilihuitl comenzó á gobernar, se dedicó enteramente á procurar á sus vasallos el mayor beneficio y utilidad que les podia proporcionar con las sabias máximas que concibió su hábil talento; y conociendo la grande utilidad que habia de producirles el tener abundancia de embarcaciones con que navegar y traficar no solo dentro de la ciudad, sino en toda la laguna, dió luego las mas prontas y oportunas providencias para proveer á todos sus súbditos de un prodigioso número de canoas; y para que correspondiesen los efectos á sus deseos, les obligó con la dádiva de

ellas á adiestrarse en su manejo, así en el ejercicio de la pesca, como en el tráfico mercantil, para conducir los frutos y flores de sus chinampas á otras poblaciones, en donde siendo apreciables las permutaban por aquellas cosas de que ellos carecian, las que á beneficio de las mismas canoas conducian mas fácil y prontamente á su capital, siendo entre ellas la piedra, cal, arena y madera de las mas principales y necesarias para la fábrica de sus edificios, con que aumentaron y ennoblecieron á su ciudad.

No paraba en esto solo la sabia máxima del rey, sino que adelantándose á mayor beneficio, luego que los vió diestros en el manejo de las embarcaciones, tomó el empeño de adiestrarlos en un nuevo ejercicio militar, para pelear en las mismas canoas con orden y método arreglado, que hasta entónces no conocian, sin descuidarse por esto de ejercitarlos tambien por tierra en el manejo de las armas, con cierto método y arte de escuadronar que ideó, y fué el primero que los arregló de esta suerte, para no embestir atropadós y confusamente como hasta entónces habian practicado, y asimismo á recibir en buen orden el avance de los enemigos.

Pero su principal esmero consistió en hacer observar las leyes y castigar los delitos, renovando unas, aboliendo otras que no eran adaptadas al tiempo y circunstancias presentes, y publicando otras de nuevo, dirigidas á embarazar los robos y usurpaciones, á reformar la modestia y compostura debida en hombres y mugeres, y principalmente en los sacerdotes, y á ordenar el modo de contribuciones de su pueblo, tanto en su reino hereditario de Culhuacan, como en el de

Méjico; por lo que justamente le numeran entre los legisladores de este nuevo mundo.

CAPITULO XXVII.

Venida de las naciones Metzitzin, Culhuaques, Huitznahuques y Tecpanecas, y sus establecimientos. Muerte del emperador Techotlalatzin, y sus exequias.

En el año de 1405, que señalaron con el geroglífico de cuatro casas, llegaron á estas regiones otras cuatro cuadrillas de pobladores de la misma nacion tolteca: las tres de ellas venian de la costa del Sur, y tierras de Culhuacan, mas adelante de Xalisco, y la otra de Michoahuacan. Esta era de aquellos aztlanecas mexicas que dijimos que se habian quedado en Michoahuacan cuando los otros pasaron hasta estas tierras, y así llamaron á esta cuadrilla metzintzin ó mexicas, cuyo caudillo se llamaba Tenahuacatzin.

De las otras, la primera llamada de los culhuaques traia por caudillo á Nauhyotl; la segunda llamada huitznahuaque traia por caudillo á Tlaminatzin; y la tercera era llamada tecpaneca, porque efectivamente era de los mismos tecpanecas que vinieron con Aculhua, y poblaron á Azcapuzalco, cuyo caudillo se llamaba Achitometl.

Todos eran gente sabia y bien instruida en la policia tolteca, y los mexicas traian la misma religion que sus compatriotas. Los culhuaques y huitznahuques eran de una gran ciudad llamada Tlaxicalincan en la tierra de Cibola, en donde habian tenido ciertos

bandos y rebeliones en que fueron vencidos, y huyeron hácia estas partes.

Presentáronse al emperador, pidiéndole tierra en que poblarse. Recibiélos benignamente; pero estaba la tierra tan poblada, que no habia sitio ni terreno separado que poderlés asignar, y así á los metzitzin ó mexicas los envió al rey Huitzilihuitl, para que los admitiese en sus dominios, avecindándose en ellos y recibiendoles por sus vasallos, puesto que eran de una misma nacion que los mejicanos. Fueron muy bien admitidos así por el rey como por sus compatriotas, y con su venida tuvo un grande incremento, no solo la ciudad de Méjico donde se avecindó la mayor parte de ellos, sino tambien las otras poblaciones del mismo estado y del reino de Culhuacan, donde se agregaron los restantes.

Lo mismo ejecutó con los tecpanecas, enviándolos al rey de Azcapuzalco, de quien fueron igualmente bien admitidos que de sus vasallos; habiéndose avecindado la mayor parte de ellos en la misma capital, tomó esta tambien un aumento tan grande, que despues de la corte de Tezcoco no habia otra de igual extension.

A las otras dos cuadrillas de culhuaques, y huitznahuques las señaló terreno en que se poblasen, en las inmediaciones de su corte de Tezcoco, con separacion la una de la otra, como lo ejecutaron, y en los tiempos sucesivos llegaron á unirse con la ciudad y á numerarse entre sus barrios.

Cuatro años despues de la venida de estas cuadrillas, en uno señalado con el carácter de ocho casas, que corresponde puntualmente al de 1409 dicen que hallán-

dose el emperador Techotlalatzin en su palacio de Ozotiepac, uno de los que tenia en su corte de Tezcoco, le acometió un accidente que al principio pareció ligero, pero en pocas horas se declaró su gravedad, y conociéndola el monarca, y que se acercaba su fin, habló al príncipe Ixtlixochitl su hijo que estaba presente en esta manera: „hijo mio muy amado, yo muero, y llega „ya el fin de mis dias y de mi imperio. Este ha de „quedar en vuestras manos, y para que podais gozar „le con seguridad, y pasarlo á vuestros hijos, me es „preciso advertiros que el rey Tetzotzomoc de Azcapuzalco, hombre astuto y ambicioso, con el largo tiempo que ha reinado se ha conciliado la veneracion y el „respeto de muchos señores, que unos por amor, y „otros por temor, han de seguir ciegamente sus dictámenes. Yo que conozco bien su altivez, temo que „reuse daros obediencia, y reconoceros por supremo „señor, porque sois mozo, y él anciano. Por esto conviene portaros con mucha prudencia y cordura, tratándole con mayor atencion y respeto del que corresponde, atento á su mayor edad, tolerando y disimulando cuanto se pueda, hasta que ganeis las voluntades de los príncipes y señores principales del imperio, „y podais de este modo afianzaros en el trono. No es „ménos importante el que os asegureis del amor y lealtad de vuestros vasallos, y esto lo conseguireis mirándolos y atendíéndolos como si fuesen vuestros propios „hijos, haciendo que se observen las leyes, premiando „al bueno y castigando al malo, y siguiendo en todo „las máximas y ejemplos de vuestros mayores.”

Concluido su razonamiento cerró los ojos, y á poco rato espiró: no señalan el dia, pero dicen que fué á los

fin de dicho año de 1409. Don Fernando de Alba dice que murió de ciento y cincuenta años de edad, y reinó ciento y cuatro: esto segundo es error manifesto, aun en el caso de admitir cualquiera de los años en que variamente señala en sus relaciones la muerte del emperador Quinantzin su padre, las que no admito; y segun los cómputos que dejo sentados solo reinó cincuenta y dos años. En cuanto á la edad no he hallado monumento alguno, ni noticia por donde poder señalarla con fijeza, porque la primera vez que se habla de este príncipe es en la rebelion de sus hermanos contra su padre, que segun dejamos sentado al capítulo XIX, fué el año de 1350, y entónces se dice que era el menor de los hermanos. Pero segun mi cómputo en que dejo establecido el nacimiento de su hijo primogénito Ixtlixochitl el año de 1338, despues de haber esperado treinta y dos años para que su esposa Iztquentzin cumpliera los cuarenta de edad para consumir el matrimonio, y dándole á él de diez y ocho á veinte cuando lo contrajo, pudo acercarse á los ciento veinte y cinco años.

Luego que murió despachó el príncipe Ixtlixochitl sus mensajeros á todos los príncipes del imperio, avisándoles el suceso para que concurriesen prontamente á los funerales, segun la costumbre: mas de todos ellos solo vinieron cuatro, que fueron Huitzilihuitl, señor de Aculma, á quien otros autores llaman Teyolcoco-huatzin, Chichimecatlpaintzin señor de Quauquecholan, Huitzilihuitl, señor de Tetlanexco, Cihcohuatl, señor de Teocalco, y un caballero principal de la casa de Cohuatlican, llamado Tochintzin. Todos los demás se escusaron con varios pretextos, por no malquistarse con el rey de Azcapuzalco.

No le engañaba el corazón al difunto monarca, que con su gran talento y larga experiencia conocía muy bien los riesgos que preparaba á su hijo, la altivez y ambición del rey Tetzotzomoc: pues había llegado á tan alto punto la grandeza, la veneración y obsequio que se había conciliado, que á pesar de su avanzada edad había concebido el ambicioso designio de apoderarse del imperio, haciéndose reconocer por supremo monarca, para cuyo logro se había confederado secretamente con los principales señores, de los que unos por ambición y otros por temor habían condescendido y ofrecido ayudarle en la empresa; mas ni él, ni ellos se atrevieron á declararse ni á hacer movimiento alguno mientras vivió Techotlatzin; pero apenas supieron que había muerto, procuraron observar los movimientos del de Azcapuzalco; y sabiendo que había sido el primero á quien se le participó la noticia, y que se había escusado de concurrir á los funerales del difunto emperador, siguieron ellos escusándose también con varios frívolos pretextos.

Por esta causa no hubo en las exequias de este gran príncipe la solemnidad y pompa que en la de sus predecesores, no siendo ménos digno que ellos de estos honores, y de perpetua memoria, habiendo sido su gobierno un tejido continuo de aciertos, con que logró no solo restaurar el antiguo esplendor de su trono, sujetando á su obediencia á cuantos habían intentado injustamente eximirse de ella, sino que con las máximas de su sabia política supo mantenerlos en la misma sujeción, haciéndose amar y temer al mismo tiempo, logrando en su reinado una casi perpetua paz: pues la guerra que mantuvo algunas veces en las fronteras

fué, mas que necesidad, máxima de su política, para tener entretenidos á algunos señores, y ejercitar sus tropas en el manejo de las armas.

Dióle también un gran realce á su gobierno la policía que estableció, promulgando leyes, y erigiendo tribunales para la mas recta administración de justicia, libertando á sus vasallos de los agravios que sufrían, especialmente de los cobradores de tributos, y procurándoles en todo el mayor alivio y beneficio.

Boturini en su citada obra (1) dice que á las exequias de este monarca, asistieron mas de sesenta reyes, y que fueron colocadas sus cenizas en la arca de esmeralda, como lo dejó referido en la muerte de su antecesor; en lo que conócidamente padeció equívoco, por no tener presentes sus papeles, como lo padece en escribir el nombre de este emperador, llamándolo Texotlatzin.

(1) § 22.

CAPITULO XXVIII.

Toman mas cuerpo las turbaciones, y comienza Ixtlixochitl á levantar tropas. Convoca el rey de Azcapuzalco á los de Méjico y Tlatelolco, y disfrazando sus intentos los trae á su partido, con el pretexto de obligar á Ixtlixochitl por medios suaves á deponer la grande autoridad que se habian arrogado los emperadores, para cuyo efecto le envia, por primera y segunda vez, porcion de algodón para que le fabriquen mantas, como por via de tributo. Ixtlixochitl disimula, y las hace fabricar.

En las últimas cortes que celebró Techotlalatzin el año de 1394 habia hecho reconocer al príncipe Ixtlixochitl por su inmediato sucesor en el trono, y por tal le habian reconocido todos los reyes y señores que concurren á ellas, con lo que parece que no podia ofrecerse dificultad en jurarlo ahora, y coronarlo como á sus pasados: pero el gran poder del rey de Azcapuzalco tenia tan intimidados á todos los señores del reino, que no se atrevian á dar paso alguno hasta ver lo que él hacia; y así se mantuvieron todos en sus capitales sin concurrir á la corte de Tezcoco para asistir á las exequias del difunto rey, por no verse obligados á coronar al sucesor, ó á declararse rebeldes exceptos los señores que dejamos dicho en el capítulo anterior, que concurren á las exequias del difunto emperador, los cuales, sin temor del rey de Azcapuzalco, se manifestaron parciales de Ixtlixochitl, ménos el señor de Acul-

ma que era nieto de Tetzotzomoc; y aunque concurrió, fué con cautela y disimulacion; y así luego que se concluyeron las exequias, se retiró de la corte, y pasó inmediatamente á la de Azcapuzalco á dar cuenta de todo á su abuelo y ofrecerse enteramente á sus órdenes.

Viéndose Ixtlixochitl en situacion tan crítica, resolvia sin cesar en su imaginacion las últimas razones de su padre, y conocia muy bien que toda la turbacion nacia de la ambicion del rey de Azcapuzalco, quien hasta entónces no habia hecho movimiento alguno que manifestase claramente su intencion de invadir el imperio, pero se habia arrogado tanta grandeza y soberanía, fiado en su edad y poder, y por medio de sus diestras negociaciones con los demas príncipes, que mirándole todos con sumo respeto, y temerosos de incurrir en su desagrado, nadie se atrevia á moverse hasta ver lo que él ejecutaba; y así procuró Ixtlixochitl no perder tiempo, sino tomar prontamente sus medidas para oponerse á su ambicion, y defender su corona.

Hizo levantar un buen número de tropas, nombrando para mandarlas á todos aquellos capitanes que tenia mas esforzados y prácticos en el arte de la guerra, haciéndolas acampar en los contornos de su corte; y fortificado de esta suerte, viendo que no se movia el de Azcapuzalco, resolvió llamarle á él y á los demas señores de su corte, para que lo jurasen.

No se hallaba en tal ánimo el de Azcapuzalco, y así envió sus embajadores á Ixtlixochitl, bien instruidos en hacerle de su parte todas las expresiones de sumision y rendimiento que pudieran satisfacerle; pero escusándose de obedecer por hallarse á la sazón sumamente achacoso, y que este habia sido el motivo de no haber

concurrido á las exequias del difunto emperador; que sin embargo de esto y de su avanzada edad, procuraba alentarse para pasar lo mas presto que pudiese á su corte á celebrar su jura y coronacion. Cumplieron muy bien con su cargo los embajadores, procurando esforzar las razones del rey su amo, cubriendo con este velo de aparentes expresiones su depravada intencion.

Bien conoció Ixtlixochitl la falsedad y malicia con que procedia el de Azcapuzalco, dilatando con frívolos pretextos el jurarle por emperador, y llevado de su ardiente espíritu hubiera desde luego marchado contra él, si sus ministros y consejeros no lo hubieran disuadido del intento, recordándole las advertencias de su difunto padre, temerosos de que si lo ejecutaba se declararían á favor de su enemigo algunos de los principes que se mantenian como neutrales y retirados en sus cortes, haciendo todas prevenciones de guerra, pero ignorándose á favor de quien se habian de emplear; y así le aconsejaron que disimulase por entónces, y esperase á mejor coyuntura. Hizolo así, y respondiendo benignamente á los embajadores, les dijo que sentia los achaques del rey su amo, y desde luego esperaria á que se mejorase para que viniese á celebrar su coronacion.

Entretanto convocó el de Azcapuzalco secretamente á su corte á los reyes de Méjico y Tlatelolco, sin embargo del recelo que tenia de que el primero, aunque era su yerno, tenia tambien alianza inmediata con Ixtlixochitl, pues estaba casado con su hermana, y por esto reusase entrar en su partido; pero esto mismo le estimulaba á procurar ganarle para sí, con el poderoso motivo de ser su feudatario, de tenerle obligado con haberle levantado los tributos, y con el temor

de que volviese á imponérselos, y de esta suerte libertarse de un poderoso enemigo.

Convocó tambien á otros señores sus parciales aunque ménos poderosos, y les hizo un razonamiento muy serio en que les manifestó el gran poder y autoridad que se habian arrogado los emperadores de Tezcoco, la opresion y sujecion en que habia tenido á los señores el difunto Techotlalatzin, sin dejarles gozar de la quietud de sus casas, empleados siempre en el servicio del imperio, sin tener de señores mas que el nombre, porque el mando y dominio de los emperadores se extendia á todas sus ciudades y pueblos, donde habian puesto tribunales y jueces para el conocimiento y decision de todas las causas civiles y criminales, fulminando en estas las sentencias, y poniendo en ejecucion los suplicios, sin dar cuenta de nada á los señores, como si aquellos no fuesen vasallos suyos. Que habiendo recaido la corona imperial en Ixtlixochitl, príncipe belicoso, de ardiente espíritu, no ménos hábil y avisado que su padre, tenia justo motivo para temer que apretando mas la cuerda á la sujecion, llegase el caso de despojarlos enteramente de sus estados hereditarios, obligándolos á vivir á merced suya y empleándolos en su servicio sin distincion alguna de los demas vasallos. Que él no intentaba despojar al emperador de la sucesion al trono, sino obligarle á contenerse en aquel justo dominio y señorío que le competia, segun lo gozaron sus mayores, y esto no con estrépito de armas ni rebelion, sino por medios suaves y pacíficos; y no consiguiéndolo de esta suerte, le parecia preciso valerse de la fuerza para defender su libertad, y aun en tal caso despojarle del trono y que recayese

la corona imperial en él, por los derechos que tenía á ella, siendo viznieto del gran Xolotl.

Estas y otras razones bien ponderadas por el astuto viejo, juntas con el respeto y veneracion que se habia conciliado, inclinaron de tal suerte los ánimos de los oyentes, que todos unánimes se le ofrecieron á coadyuvar á sus intentos, y á obedecer sus órdenes. Encargóles mucho el secreto, y les hizo retirar á sus capitales, ofreciéndoles darles aviso de todo lo que practicase y la orden de lo que deberian ejecutar, interin que él ponía los medios suaves que meditaba para la consecucion de su intento.

El primer medio que puso en práctica pocos días despues de esta junta fué enviar sus mensajeros á Ixtlixochitl, remitiéndole con ellos una porcion de algodón, y enviándole á decir que le hiciese merced de ordenar á sus vasallos que de aquel algodón le fabricasen mantas de las mas finas y superiores que acostumbraban tejer, porque él en su reino carecia de fabricantes que supiesen trabajarlas de tan superior calidad. No dejó de hacer novedad á Ixtlixochitl un tan extraordinario mensaje, pues aunque por una parte, haciéndose cargo de su avanzada edad, se inclinaba á atribuirlo á decrepitud, por otra, conociendo la astucia y altivez de Tetzotzomoc, le irritaba el atrevimiento. Mas con todo, resuelto á disimular y contenerse, mandó recibir el algodón, y que se le fabricasen las mantas con el mayor esmero, y luego que estuvieron concluidas, se las mandó llevar, diciéndole que se holgaria mucho de que hubiesen salido á su gusto.

Todo el año pasó sin que Tetzotzomoc se moviese ni alguno de los otros príncipes á hablar siquiera de

la coronacion de Ixtlixochitl, sino que todos estuvieron retirados en sus estados, sin concurrir á la corte de Tezcoco. Ixtlixochitl callaba y disimulaba, dejando correr el tiempo, pero no se descuidaba en aumentar tropas, y tenerlas bien disciplinadas.

Al año siguiente, que fué el de 1411, envió segunda vez Tetzotzomoc, mayor cantidad de algodón, sin mas cumplimiento que mandarle á decir hiciese tejer el número de mantas que pudiese salir de aquel algodón, y que necesitándolas con prontitud lo reparatiese entre los señores sus amigos, para que distribuyéndolo estos entre sus vasallos mas prontamente se fabricasen las mantas. Muy mal recibió el mensaje Ixtlixochitl, penetrando ya la mala intencion de Tetzotzomoc; pero hallándose presentes Paintzin, rey de Coahuatlican, Tlacotzin, señor de Huexotla, Tomihuatzin, señor de Cohuatepec, Izcontzin, señor de Itzapalocan, y poseidos del temor procuraron contenerle y persuadirle á que disimulase y recibiese el algodón, ofreciendo ellos hacerse cargo de él para que se le tejiesen las mantas á Tetzotzomoc. Condescendió Ixtlixochitl, recibiendo el algodón y enviándole á decir que mandaria fabricar con la brevedad posible las mantas que pedia; y con efecto aquellos señores que se hicieron cargo de ello, cumplieron prontamente su oferta, y en breves dias entregaron las mantas, las que Ixtlixochitl remitió inmediatamente á Tetzotzomoc. Recibiólas este con entereza, manifestando en sus expresiones, mas bien aquella benevolencia de un superior que se da por satisfecho del buen servicio de un súbdito, que la gratitud de quien recibe un obsequio de un igual, y mucho ménos de un superior, lisongeándose su orgullo de